toda su blanca dentadura!... En un abrir y cerrar de ojos tomaron la barricada. Rodeáronle á empellones:

—¡A ver tu fusil!

Su fusil estaba caliente todavía.

—¡A ver tus manos!

Sus manos estaban negras de pólvora. Y el turco se las enseñó con orgullo, sin cesar en sus risotadas. Entonces le empujaron contra una pared, y ¡pum!...

Murió sin haber comprendido nada de aquello.

EL CONCIERTO DE LA OCTAVA

Todos los batallones del barrio del Marais y del arrabal de San Antonio acampaban aquella noche en los barracones de la avenida de Dumesnil. Tres días llevaba el ejército del general Ducrot batiéndose en las alturas de Champigny. A nosotros nos hacían creer que formábamos la reserva.

Nada tan triste como ese campamento de baluarte exterior, rodeado de chimeneas de fábrica, esta-

ciones cerradas y canteras desiertas, en esos barrios melancólicos animados tan sólo por algunas tabernas. Nada más glacial ni sórdido que esas largas barracas de tablones, alineadas sobre el suelo apisonado, seco y duro de Diciembre, con sus ventanas desquiciadas, sus puertas sin cerrar nunca, y esos quinqués humeantes oscurecidos por una bruma, como faroles en medio de un ventarrón al aire libre. Imposible leer, dormir ni sentarse. Era preciso inventar juegos de granujillas para calentarse, patear y correr alrededor de las barracas. Aquella estúpida inacción, tan cerca del sitio de combate, tenía algo de abyecta y enervante, sobre todo esa noche. Aunque habían cesado los cañonazos, comprendíase que allá arriba se preparaba una terri-

ble función de guerra; y de rato en rato, cuando las luces eléctricas de los fuertes llegaban á iluminar con su movimiento circular esa parte de París, se veían tropas silenciosas apelotonadas en el borde de las aceras, mientras que subían otras por la avenida, formando una corriente oscura que parecía arrastrase por el suelo, achicada por las altas columnas de la plaza del Trono.

Estaba yo completamente helado, perdido entre las tinieblas de esos grandes paseos de ronda, cuando me dijo no sé quien:

—Vámonos, pues, á ver á la octava... Parece que allí hay concierto.

Fuí allá. Cada una de nuestras compañías ocupaba su barracón; pero el de la octava tenía mucho

mejor luz que las otras y estaba atestado de gente. Velas de sebo metidas en los cubos de bayonetas ardian con larga llama oscurecida por un humo denso, y su luz iluminaba de lleno todas aquellas cabezas de obreros vulgares y embrutecidos por la embriaguez, el frio, la fatiga y ese dormir vestido, que marchita y pone pálido. En un rincón dormia la cantinera, con la boca abierta, hecha un ovillo sobre un banco, delante de su mesita cargada de botellas vacías y vasos turbios.

Allí se cantaba.

Los señores aficionados subian por turno á un escenario improvisado en el fondo del salón, y tomaban posturas académicas, declamaban y se envolvían en sus colchas, con reminiscencias de melodramas.

Por allá me encontré de nuevo con esas voces enronquecidas y cascajosas que resuenan en el fondo de los pasadizos de las ciudades obreras, llenas de bullicio infantil, de jaulas colgadas, de tenderetes ruidosos. Todo esto encanta oirlo mezclado con el ruido de las herramientas del trabajo, con acompañamiento de martillo y garlopa; pero sobre aquel estrado resultaba ridículo y desconsolador.

Tuvimos, en primer término, el obrero filósofo, el mecánico de luengas barbazas, cantando los dolores del proletario *Pauvro proletairo...o...o...* con una voz de falsete en la cual había infundido toda su cólera la santa Internacional. Luego apareció otro, medio dormido, y nos endilgó la famosa canción de *La Canalla*, pero con un aire tan abu-

rrido, tan lento, tan doliente, que parecía propia para adormecer niños de teta... *Es la canalla... pues bien... de ella soy...* Y mientras salmodiaba, oíanse los ronquidos de los dormilones pertinaces que buscaban los rinconcillos y se volvían de espaldas á la luz gruñendo.

De pronto penetró por entre los tablones una claridad blanca, é hizo palidecer á la rojiza llama de las velas de sebo. Al mismo tiempo un estruendo sordo hizo retemblar la barraca, y casi inmediatamente otros truenos más sordos y lejanos redoblaron allá abajo por las laderas de Champigny, con retumbar decreciente. Era la renovación de la batalla.

¡Pero valiente cosa les importaba á los señores cantantes de afición la batalla!

Aquel estrado, aquellas cuatro velas de sebo habían removido en las entrañas de todo ese populacho no sé qué instintos de turriburri. Había que verlos, espiando la última coplilla, arrancarse unos á otros los cantares de la boca. Nadie sentía ya el frío. Los que estaban en el escenario, los que salían de él, y también los que aguardaban su turno con su canción en la punta de la lengua, todos estaban rojos, sudando, con la mirada encendida. La vanidad les daba calor.

Había allí celebridades de barrio, un tapicero poeta que pretendió decir una cancioncilla de su caletre, *El Egoista*, con el estribillo de *Cada uno para sí*. Y como tenía un defecto de pronunciación, decía: *El egoifta* y *Gada uno para fí*. Era una sátira contra los burgueses ba-

rrigudos que gustan más de permanecer en un rinconcito al calor del hogar que de ir á las avanzadas. Me parece estar viendo aquella carátula del fabulista, con su kepis ladeado sobre una oreja y con su carrillera en la barba, subrayando todas las palabras de su cancioncilla y disparándonos con aire malicioso su estribillo: *Gada uno para fi... Gada uno para fi.*

Durante ese tiempo cantaba el cañón también, mezclando su bajo profundo con los trinos de las ametralladoras. Hablaba de los heridos muertos de frío entre la nieve, de la agonía en los recodos de los caminos entre charcos de sangre cuajada, del ciego proyectil hueco, de la oscura muerte llegando por todos lados á través de la noche...

¡Y el concierto de la octava seguía siempre su curso!

Ahora estábamos en las patochadas. Un vejete chusco, con ojos de tomate y nariz de pimiento morrón, se zarandeaba en el estrado, entre un delirio de pataleos, aplausos y bravos. La torpe risa de las obscenidades dichas entre hombres solos animaba todas las fisonomías. La cantinera despertóse de pronto, y apretujada por la muchedumbre y devorada por todos aquellos ojos, se desternillaba también de risa, mientras el vejestorio entonaba con su voz aguardentosa: *El bueno de Dios, borracho como una cuba...*

No pude aguantar más; me salí. Iba á llegarme la vez de estar de centinela. ¡Mejor! Necesitaba espacio y aire, y eché á andar adelante, largo tiempo, hasta llegar al

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEX.

Sena. El agua estaba negra, el muelle desierto. París, privado de gas, dormía á oscuras dentro de un círculo de fuego; los fogonazos de los cañones guiñaban en derredor, y de sitio en sitio aparecían en las alturas rojizos resplandores de incendio. Cerca de mí oía voces quedas, precipitadas, perceptibles con el aire frío. Jadeaban, animábanse unas á otras: «¡Oh, iza...!»

Luego se callaron de pronto las voces, como por el ardor de un gran trabajo que absorbe todas las fuerzas del ser. Al acercarme á la orilla, acabé por distinguir, entre ese vago fulgor que sube del agua más oscura, una cañonera detenida en el puente de Bercy y esforzándose en subir contra corriente. Oscilaciones de linternas por los movimientos del agua, chirridos de

cables halados por los marineros, marcaban bien los avances y los retrocesos, todas las peripecias de aquella lucha contra la mala voluntad del río y de la noche. ¡Valiente cañonerita, cuánto la impacientaban esos retrasos!... Golpeaba furiosa el agua con las paletas de sus ruedas, la hacía hervir sin poderse mover del mismo sitio... Al fin, un supremo esfuerzo la impulsó avante. ¡Bravos mozos!... Y así que hubo pasado y dirigídose en línea recta entre la niebla hacia el combate que la llamaba, bajo los arcos del puente resonaron los ecos de un fuerte grito de «¡Viva Francia!»

¡Ah! ¡Cuán lejos estábamos del concierto de la octava!